

El holocausto que quiere ser ignorado

P. Dr. Carlos D. Pereira, IVE

1. HOLOCAUSTO

El Diccionario de la Real Academia Española reporta tres significados del término *holocausto*: (Del latín *holocaustum*, y este del griego: *όλόκαυστος*).

1. m. Gran matanza de seres humanos.
2. m. Acto de abnegación total que se lleva a cabo por amor.
3. m. Entre los israelitas especialmente, sacrificio en que se quemaba toda la víctima¹.

El primero de los significados lo equipara a un *gran genocidio*, el segundo significa un acto virtuoso, el tercero un tipo de sacrificio del Antiguo Testamento. Los tres son válidos y perfectamente entendibles dentro del campo semántico del término. Basados probablemente en el primero de dichos tres, y buscando cierta analogía con el significado religioso (el tercero), los israelitas han decidido bautizar el genocidio que sufrieron durante el régimen nazi, en Alemania y en otras partes, como *shoah* (“holocausto” en hebreo). Evidentemente, están en su derecho de hacerlo y nadie les puede negar buenas razones para hacerlo así.

Lo que en cambio no se entiende tanto, es que el término sea propiedad exclusiva de un tipo de grupo étnico o sirva para designar un solo genocidio histórico, y no pueda usarse para designar otros. Sin embargo, en muchos areópagos culturales modernos se razona del modo antedicho, en especial muchos grupos de presión e

¹ Cfr. <http://lema.rae.es/drae/?val=holocausto>

instituciones enteras de origen hebreo -aunque no sólo- se oponen en absoluto a que cualquier otro tipo de genocidio sea calificado de dicha manera (con el término “holocausto”). Las razones que aluden giran prácticamente en torno a un argumento único: en la persecución de Hitler, se trató de destruir el pueblo israelita por entero, sin dejar traza de ellos, al menos en toda el área de influencia del dominio nazi.

Los últimos años, sin embargo, nos han enfrentado a diversos tipos de monstruosos genocidios, donde los intentos por destruir grupos étnicos o religiosos enteros no han ciertamente faltado, y donde además, se han mostrado -y se muestran, porque es algo actual- cada vez con mayor fuerza y crueldad.

2. LOS NUEVOS GENOCIDIOS

El primer caso resonante de la historia moderna ha sido sin duda el genocidio armenio, del cual están por cumplirse los cien años (1915). Pertenece al pasado, pero no al pasado remoto.

El imperio turco otomano decadente, que había entrado en la primera guerra mundial a favor de las potencias centrales, quiso desembarazarse de todo posible grupo traidor al interno de sus fronteras. Es por eso que inició una cruenta persecución de griegos, armenios y otros grupos. La de los armenios fue notable por el número de víctimas masacradas: 1.500.000 según los mejores cálculos. Fue además terrible por su crueldad, porque la mayoría de las víctimas fueron obligadas a caminar cientos de kilómetros para terminar sus vidas muriendo exhaustas en pleno desierto. Además de eso, se movió una maquinaria de guerra contra las zonas habitadas en su mayoría por los armenios. Sobre el final, los armenios consiguieron reagruparse militarmente y fortalecerse en la parte más oriental del país. Con cierto apoyo -al menos logístico- de los zares rusos, consiguieron frenar y derrotar a los turcos en las vecindades de Erevan. Pero los armenios perdieron cuatro quintas partes del territorio que llegaron a ocupar geográficamente, una parte más que

EL HOLOCAUSTO QUE QUIERE SER IGNORADO

importante de su población, refugiándose en un quinto del territorio, en el estado que hoy se llama Armenia. Sólo subsistió porque pudo, de modo providencial, triunfar militarmente sobre el final. La intención del ejército otomano era llegar a Erevan, donde el exterminio de los armenios hubiera sido total. Esa era la intención, en efecto. O sea, un verdadero y auténtico *genocidio holocausto*, tal como la denominación moderna lo quiere.

Pese a lo expuesto, el genocidio armenio ha sido reconocido sólo por unos pocos países del globo, llevando ya cien años de su origen. Pese a que hay páginas web enteras que hablan de él, es aun relativamente poco conocido y recibe poca propaganda. Casi no hay filmes u obras artísticas al respecto. Ni las Naciones Unidas, ni ninguno de sus organismos adyacentes lo presentan como modelo de holocausto. De más está decir, que las naciones más defensoras -en apariencia- de derechos humanos y las más insistentes a la hora de remarcar el tema del genocidio judío, omiten en absoluto todo tipo de mención del genocidio armenio. Ni Estados Unidos, ni Israel, ni la Unión Europea, al menos como bloque, lo mencionan jamás. Ni tampoco Australia, Japón, Canadá, ni ningún otro componente del llamado “primer mundo”. Como nota adicional, señalemos que el genocidio armenio tuvo mucho de tonalidad religiosa: Los armenios -y mucho más en 1915- eran y son cristianos. Aún hoy, cuando Turquía quiere desligar culpas sobre tal holocausto, suele afirmar que no hay que plantear el tema como un “conflicto religioso”. Este tipo de declaración es una señal inequívoca de que en efecto, el conflicto fue tal, al menos en gran medida.

El siglo XX fue también conocido por las grandes purgas y persecuciones que fueron en gran medida también religiosas, sobre todo bajo la llamada “cortina de hierro”, dentro del bloque soviético. Cabe indicar que la influencia del comunismo no se restringió sólo a la órbita soviética: Hubo un feroz influjo y una bestial persecución religiosa, bajo signo socialista o comunista, en el Méjico de 1926-28, en la España del 1936-39, y en muchos lugares de Asia a partir de los años 50 y 60 (comenzando por la China continental, en la cual

perdura aún hoy), y también, con matices, lo hubo en Latinoamérica durante fines de los años 60 y casi toda la década de los 70. Como es fácil constatar, y si bien hoy día existe una percepción generalizada que el comunismo anula las libertades (en especial, aquella religiosa), todavía, y a causa de los regímenes pseudo-democráticos y filo marxistas que imperan en muchos países latinoamericanos, es imposible hablar y juzgar con objetividad acerca de todos aquellos años. Todos los movimientos revolucionarios de dichos años, aun cuando hayan sido responsables de matanzas y asesinatos, son presentados como buenos y sus miembros como héroes. Sus contrincantes, en cambio, como verdaderos genocidas comparables a los nazis. De más está decir que dicha posición no resiste el más mínimo análisis histórico crítico ni los hallazgos de datos que cada vez más la contradicen, aun cuando sus sostenedores dominan casi todos los medios de prensa, propaganda, y gran parte de los arcópagos de cultura modernos.

3. EL FENÓMENO ISLÁMICO

Con independencia de lo expuesto anteriormente, los años 80 y 90 nos enfrentaron a otro fenómeno, que con el correr del tiempo se mostraría como el gran hueso duro de roer: después de la revolución islámica iraní de 1979, el llamado *fundamentalismo islámico*, o sea, la corriente cultural y política que buscaba volver a la supuesta tradición y pureza de los primeros siglos del Islam, empezó a volverse cada vez más fuerte en muchos países musulmanes, que hasta ese momento, muy suavemente y quizás sólo en los círculos más privilegiados, habían aceptado muchas modas y costumbres occidentales. El fundamentalismo le dio un fuerte impulso a ciertos movimientos islámicos restauradores que habían sido ya fundados en la primera mitad del siglo XX (como el caso de la Hermandad Musulmana en Egipto, que se extendió después a otros países). En muchos casos, el fundamentalismo islámico comenzó a ensayar vías cada vez más violentas, sobre todo al interno de los países musulmanes (recordemos el asesinato de Anwar el Sadat, presidente de Egipto,

EL HOLOCAUSTO QUE QUIERE SER IGNORADO

por parte de miembros infiltrados de esta hermandad, en 1982). El giro más violento tiene lugar no obstante en los años 90. Después -y como consecuencia- de la guerra del Golfo en 1991, surgió el nuevo fenómeno del *yihadismo* (partidarios de la *Jihad* o Guerra Santa) a cargo de grupos terroristas, el primero de los cuales fue *Al Qaeda*, pero que estuvo muy lejos de ser el último. Por el contrario, dichos grupos se han multiplicado y han tomado cada vez ribetes más salvajes y violentos.

La llamada “primavera árabe”, comenzada en el 2010, signó la implantación definitiva del *yihadismo* como institución de lucha y como amenaza para las libertades civiles, y en especial para la religiosa. Si admitimos que la revuelta civil tuvo un cierto éxito en Túnez, no es tan cierto que la haya tenido en Egipto, al menos al inicio, donde las famosas manifestaciones en contra del régimen de Hosni Mubarak desembocaron en el lamentable ascenso de la Hermandad Musulmana al poder. Yo estuve en Egipto nuevamente -después de haber vivido allí varios años- al comienzo del verano del 2013. Pude percibir claramente en qué estado los hermanos musulmanes estaban dejando el país y como muchos de los mismos que los habían votado, pedían ahora a gritos que se fueran. El golpe militar que los sacó del poder recibió un apoyo popular masivo (aun cuando muchos de los medios de comunicación más poderosos del mundo árabe -como la cadena qatarí Al Jazeera- quisieron boicotearlo) y, mal que les pese a los defensores de la intocabilidad del voto democrático, Egipto se salvó por dicho golpe militar.

Los casos de Siria, de Libia, y ahora de Iraq, son en cambio mucho más complicados y las revueltas derivaron en un verdadero desastre. El mundo occidental, y sus aliados de las monarquías del Golfo (donde dicho sea de paso, la democracia no existe bajo ninguna forma), apoyaron los grupos aparentemente moderados que propiciaban las revueltas en los países arriba mencionados, hasta que se dieron cuenta que esos “grupos moderados” ya no existían más. La guerra se había transformado en un enfrentamiento entre los regímenes instalados y los temibles milicianos *yihadistas*, muy bien

pertrechados y en su mayoría, mercenarios provenientes de los países más diversos. Muchos de ellos habían recibido una buena cuota de financiamiento de parte de las monarquías del Golfo, cuando aún las cosas no estaban tan claras para todos, y todavía podían mostrarse -al menos ante algunos- como los niños buenos de la historia. Ciertamente ahora no se muestran más así. Los crímenes y bestialidades cometidas superan todo límite imaginable. Lo que es aún un misterio, es que todavía consigan medios de financiación. Es innegable que de algún lugar estos arriban.

Desde el 2012 en adelante, la acción de los grupos yihadistas (que ya eran activos en lugares como Afganistán, por ejemplo), se hicieron protagónicos en la guerra de Siria: En primer lugar con el *Frente al Nusra* (“de la victoria”) y enseguida con la filial de Al Queda, el famoso EIL (*Estado islámico del Levante*, lo cual significa toda la zona comprendida entre Palestina e Iraq). Los salvajes crímenes llevados a cabo por estas organizaciones no tienen paragón con nada de lo conocido hasta ahora: Asesinatos de niños y mujeres a mansalva, ejecuciones masivas de prisioneros, violaciones de las más aberrantes, destrucciones y éxodos masivos de pueblos enteros, con deportaciones en masa, crucifixiones, decapitaciones, destrucción de monumentos, de lugares de culto, de todo tipo de lugares sacros, arrasando totalmente incluso los centros civiles, etc. Si bien eran ya famosos desde el 2012, podemos decir que hasta ahora, agosto de 2014, no se había todavía suscitado ninguna reacción internacional seria y eficaz para tratar de detener la acción de estos grupos. Sólo recientemente, hace muy pocos días, Estados Unidos trató de intervenir con algunas incursiones aéreas para frenar el avance de dichas unidades, al tiempo que coordinaba con algunas potencias europeas el envío de ayuda para los millares de desplazados que se encuentran en las montañas del norte de Iraq, sin alimentos ni abrigos ni un sitio donde poder guarecerse.

Si consideramos ahora el aspecto religioso, el salvajismo de estos grupos, si bien no exclusivamente, se ha centrado en un objetivo preciso: hacer desaparecer por completo la presencia cristiana

EL HOLOCAUSTO QUE QUIERE SER IGNORADO

milenaria en toda dicha región, a cualquier precio y utilizando cualquier medio, especialmente los más terribles. Ha tomado últimamente público conocimiento la persecución religiosa a la minoría *yazidí*, del norte del Iraq, lo cual ciertamente es un acto execrable. Pero no altera el hecho que desde hace ya no sólo meses, sino incluso años, son los cristianos los más perseguidos, y no sólo en Medio Oriente sino en muchos otros lugares, y que lo son por ser cristianos, o bien por dar algún testimonio, directa o indirectamente, del mensaje de Jesús.

4. LA GUERRA GLOBAL CONTRA LOS CRISTIANOS

John L Allen (Jr.) es un conocido analista político americano, especializado en noticias sobre la Iglesia católica y “vaticanista” (para usar un término un poco de moda). Es periodista de la prestigiosa *National Catholic Reporter* y ha sido analista para las cadenas CNN y NPR, dos de las más importantes redes modernas de información. Ha escrito un libro de reciente publicación (2013) titulado: *La guerra global contra los cristianos (The global war on Christians)*. Como buen escritor americano, su libro es exhaustivo en información y datos de crónica sobre persecuciones a distintos grupos de cristianos en los últimos años (católicos, protestantes u ortodoxos por igual) y en diversos lugares del mundo. No cubre solamente el Medio Oriente o los países islámicos -que se podrían pensar como los lugares de persecución más obvios- sino todo un espectro, que va desde el Lejano Oriente hasta Rusia, de África hasta América, incluso América Latina, por extraño que parezca. Lo que llama la atención, y en esto es de los americanos que hacen excepción, es que busca de coronar su presentación de datos con profundos análisis, tratando de remitirse a las causas más profundas y de explicar el problema en su conjunto.

Una de las preguntas que Allen se hace es ciertamente la que muchos tienen o tendrían que hacerse: “¿Por qué el silencio, en particular ante la persecución de los cristianos?”. Según mi propia

experiencia, el tema de la persecución contra los cristianos sólo comenzó a ponerse en el tapete hace pocos años atrás, ante los casos resonantes de persecuciones y asesinatos por causa de la aplicación de la ley de blasfemia en países como Indonesia o Pakistán (recordemos el famoso caso de Shabbaz Bhatti, “ministro de las minorías” en Pakistán, o la misma Asia Bibi, cristiana acusada de blasfemia en el 2011, quien aún sigue en prisión), o bien ante las persecuciones resonantes en Nigeria, a manos de grupos extremistas como Boko Haram, que aún siguen haciendo estragos, o los grupos extremistas hindúes en la India o en musulmanes en Sudán. Sin embargo, un análisis un poco más profundo nos revela que esta “nueva onda de persecución anti-cristiana” comenzó ya antes, al menos en la última década del siglo pasado, casi inmediatamente después del derrumbe del totalitarismo comunista de detrás de la Cortina de Hierro. Allen constata, en efecto, que una gran aureola de silencio ha rodeado todas las noticias relativas a este tipo de persecución, y escribe: “Nosotros ignoramos muchas cosas, y aún más indefendiblemente, pretendemos no ver muchas cosas”².

La persecución es real. Otros libros se han escrito en los últimos años y son varios los autores que dan pruebas de ello. En particular, Allen afirma que la estimación más prudente permite calcular que un ochenta (80) por ciento de todos los actos de discriminación religiosa que tienen lugar en el mundo de hoy, son dirigidos contra los cristianos³. A esto se añaden declaraciones que organismos de importancia venían ya haciendo desde algunos años: La Santa Sede

² Cfr. JOHN L ALLEN, JR., *The global war on Christians*, edición e-book, 25.

³ La *Sociedad internacional para los derechos humanos* es una organización no-gubernamental, con sede en Frankfurt, Alemania (su nombre original es: *Internationale Gesellschaft für Menschenrechte*). Es una organización netamente secular, no operada por ninguna denominación cristiana ni por ningún consorcio de iglesias. En 2011 publicó un reporte donde estima que el 80% de los actos de discriminación del mundo entero se dirigen contra los cristianos (cfr. ALLEN, *The global war*, 42).

EL HOLOCAUSTO QUE QUIERE SER IGNORADO

denunciaba ante la *Organización para la seguridad y cooperación en Europa* (OSCE) que los “cristianos se han convertido en el grupo religioso más perseguido y discriminado”⁴. El mensaje para la Jornada mundial de la paz (1° de Enero) del 2011, bajo el Papa Benedicto XVI, tenía como argumento central los atentados contra la libertad religiosa, que habían aumentado en el mundo, haciéndose especial mención de ciertos países y denunciando en particular la persecución anticristiana. En este último año, el papa Francisco se ha referido varias veces a los cristianos como el grupo religioso más perseguido, “más que en los siglos anteriores”. En este contexto, la reacción mundial ante las últimas atrocidades del EIL en Irak no puede calificarse sino como tardía, augurando que al menos no resulte tan ineficaz.

5. LAS CAUSAS

Allen también expone ciertas razones por las cuales hablar de *discriminación o persecución contra los cristianos*, en el mundo occidental, no resulta políticamente correcto, y lo hace citando nada menos que un veterano combatiente compañero de luchas del Che Guevara, Régis Debray, quien afirma: “Las víctimas (los cristianos, en este caso) son ‘demasiado cristianas’ para excitar la izquierda, ‘demasiado extrañas’ para excitar la derecha”. Incluso en el ambiente católico occidental, Allen constata que, al menos hasta el 2013, “las iglesias en Occidente no han todavía colocado la persecución anticristiana en el mundo en el número uno de sus listas de ayudas o tareas asistenciales, a pesar de los enormes recursos que se gastan y utilizan para otras razones”⁵.

Otra organización netamente secular y sin “sponsor” de parte de ninguna confesión religiosa, el *Pew Forum on Religion and*

⁴ Cfr. informativo Zenit (en español) del 6 de julio del 2010.

⁵ Cfr. J. ALLEN, *op. cit.*, 27.

Public Life, con sede en Washington, publicó en septiembre del 2012 un informe sobre las restricciones religiosas en el mundo. Según dicho informe, entre 2006 y 2010, los cristianos han sufrido persecución o discriminación en 139 naciones, lo cual equivale a casi tres cuartas partes de todas las naciones del globo. Los musulmanes, por contraste, la sufrieron en el mismo período en 121 naciones, los judíos en 85, seguidores de otras religiones en 43, los hindúes en 30, los budistas en 21. Creemos que los números hablan por sí solos.

El análisis, actual por cierto, que J. Allen hace de lo que bautiza como “guerra global contra los cristianos” es ciertamente profundo y digno de destacarse. Para el autor, hay dos conflictos principales, en el mundo moderno, en el cual los cristianos se ven incluidos como víctimas:

a) El primero es justamente el que da el título al libro, la llamada “guerra global contra los cristianos”, lo cual se traduce por violencia y persecución directa contra los individuos así como contra las iglesias y otras instituciones sea por causa de su fe religiosa, o bien por las obras de caridad que llevan a cabo, o por las virtudes que exhiben.

b) El segundo puede ser llamado “guerra a la religión”, y tiene lugar preferentemente en el llamado mundo occidental. Esta terminología no es propia del autor; muchos en Europa y Estados Unidos la usan para referirse a lo que llaman un clima de creciente secular hostilidad a la religión, y al cristianismo en particular. En concreto, esto implica habitualmente ciertas tensiones contra las instituciones confesionales, poniéndolas en el dilema de permanecer fieles a sus credos, o bien renunciar a aspectos parciales de ellos si pretenden jugar un rol decisivo en la esfera pública. El problema, en este último caso, suele ser de base *moral*⁶. Es la “moral cristiana”, con todas sus exigencias, la que molesta y a la cual no se le quiere

⁶ Cfr. J. ALLEN, *op. cit.*, 19-20.

EL HOLOCAUSTO QUE QUIERE SER IGNORADO

conceder derecho de ciudadanía, ni siquiera en nombre de la más liberal de las democracias. Frecuentemente, además, se combate a individuos concretos que se erigen como paladines de estos grupos confesionales, y también se los pretende coaccionar a nivel de conciencia, buscando argucias legales que permitan no respetar, por ejemplo, el *derecho a la objeción de conciencia* (que ciertos individuos que trabajan en sanidad presentan contra la obligación laboral de ser parte activa en operaciones abortivas, de eutanasia, etc.). El llamado “Obama care”, el famoso programa de asistencia sanitaria con su método coercitivo que pretende imponer el presidente de EE.UU. -al menos hasta este año 2014, en que la terrible situación mundial ha requerido que su atención predominante se vuelque sobre otros asuntos- es quizás el ejemplo más claro, y el que más polémicas ha suscitado.

Para Allen, y también para nosotros, este segundo tipo de conflicto, la “guerra a la religión”, ha contribuido decisivamente a aumentar la indiferencia e indolencia y gran retardo, con los cuales la cultura y el público occidental han reaccionado respecto a la violencia inaudita ejercida contra los cristianos en lugares diversos (o sea, respecto a la “guerra global a los cristianos”, el primer tipo de conflicto señalado).

6. EL ATAQUE YIHADISTA Y LA CRISIS DE LOS “LUGARES COMUNES”

Mientras escribíamos estas líneas, los medios de comunicación de occidente se vieron profundamente golpeados -y no es para menos- por el brutal asesinato del periodista americano James Foley -de sólo 40 años- el pasado 19 de Agosto en el norte de Siria, en una zona controlada por el grupo EIL o EISL (*Estado islámico de Siria y del Levante*), organización terrorista islámica, que controla gran parte del noreste de Siria y noroeste de Irak, y que se ha convertido rápidamente en el enemigo más temido de todo el mundo civilizado. En realidad, el caso de Foley no es el único y crueldades como estas,

tanto el EIL como el *Frente al Nusra*, se vienen ejecutando desde hace más de dos años. Una de las más resonantes tuvo lugar a principios de mayo pasado, donde dos cristianos jóvenes sirianos fueron crucificados, muertos, y su sangre fue vendida en botellas a wahabitas de Arabia Saudita -muchos de los cuales financian estos grupos- al precio de 100.000 dólares el litro. Otras barbaridades similares tuvieron lugar durante el lapso de tiempo mencionado. Sin embargo, fueron años en que la mayoría del público occidental ignoraba estos hechos; no se había hecho notable mención de ellos, ni hubo condena de parte de las Naciones Unidas, ni de ninguna de las naciones más importantes de Occidente.

La persecución contra los cristianos y otros grupos religiosos es ciertamente uno de los eventos que está marcando, de manera notable, el inicio de este siglo XXI. Se ha vuelto cada vez más frecuente, más intensa, más cruel. Creo que no es posible negar la sombra de silencio con la cual se la ha pretendido ocultar o de hecho se la ocultó, sea cual sea la causa. De todos modos, la difusión del Internet, de las redes sociales, de los videos on-line (muchos puestos en red por los mismos verdugos) y la velocidad de las comunicaciones modernas han contribuido a que, a pesar del silencio oficial, estas cosas se conozcan de un día para el otro, y se publiciten entre los que no se han resignado a que quedaran en el ostracismo.

No obstante todo, la gran multitud parece aún no percatarse que esto pone en tela de juicio muchas de los “lugares comunes”, o incluso criterios tomados como verdaderos por parte de la cultura occidental y del hombre moderno.

Por ejemplo, la guerra que llevó a cabo Estados Unidos, Gran Bretaña y sólo algún que otro aliado más en 2003 contra el régimen de Saddam Hussein en Iraq, suscitó en su momento una gran oposición, al contrario de lo que había sucedido con la primera guerra del Golfo en 1991, donde las Naciones Unidas se habían pronunciado a favor. El rechazo a la guerra se hizo más intenso con el paso del tiempo, cuando jamás se encontraron las armas de

EL HOLOCAUSTO QUE QUIERE SER IGNORADO

destrucción masiva de las que se acusaba a Saddam, y cuando se conocieron las vejaciones y tratos inhumanos a los cuales muchos prisioneros iraquíes habían sido sometidos por parte de los americanos e ingleses en la cárcel de Abu Ghraib, en Bagdad (sumándose el escándalo por los maltratos en Guantánamo). Sin embargo, y aún a pesar de eso, la mayoría de la opinión pública occidental creyó aún, durante demasiado tiempo, el argumento de Bush que la desaparición del régimen de Saddam Hussein convertía el mundo en uno más tranquilo. No fue así, ciertamente, y no lo fue para Iraq en primer lugar. Hoy día se califica el período posterior a la guerra del golfo como de guerra civil en Iraq, durante los años 2005-2007, y todos reconocen que ese país se sumió en el caos incluso en los años posteriores. Es imposible entonces, si se quiere ser honesto, no ver conexión entre la guerra del 2003 y la situación de caos del Iraq de hoy.

Lo mismo pasó con la guerra contra Libia en el 2011, guerra movida por solos intereses económicos, y que sumió al país en el caos, peligrando hoy día el abastecimiento de gas a Europa, cosa que con el régimen de Gadafi, por poco democrático que fuera, nunca había sucedido. También pasó con gran parte de la llamada “primavera árabe”. En Egipto, en concreto, la simpatía de parte de Occidente, hacia los “hermanos musulmanes” que tomaron el poder tuvo que transformarse actualmente en simpatía hacia los que los echaron del gobierno. Y en Siria, estando varias naciones occidentales a punto de bombardear las posiciones del régimen de Bashar el Assad en septiembre del 2013, se encuentran hoy analizando seriamente el intervenir militarmente, esta vez para atacar al mismo enemigo contra el cual El Assad combate, y que son los yihadistas armados.

Todas estas contradicciones ponen en tela de juicio los “valores de libertad” que Occidente dice defender. No queda en claro cuáles son, ni que alcance tienen, ni si son independientes de lo económico, ni si son válidos dependiendo quien los aliente o los restrinja. Pero el caso de la persecución contra los cristianos pone aún más en evidencia la paradoja, pues, aunque se haya comenzado a hablar de

algunos episodios aislados de crueldad por parte de los yihadistas, todavía no hubo una condena en bloque, ni una toma de posición por parte de los organismos internacionales (Naciones Unidas incluido), sobre este nuevo genocidio y discriminación religiosa a gran escala que parece imparable. Hubo recientemente algunos llamados de atención al respecto, algunos muy valerosos, de parte de medios de comunicación y personalidades culturales⁷.

7. EL FUNDAMENTO TRASCENDENTE

Así todo, creo que la cultura occidental está aún lejos de entender lo que está pasando, y por ende, más lejos aún de encontrar una solución. Se echa en cara al mundo musulmán de no adaptarse suficientemente a las reglas democráticas, y por otra parte, se ha empezado a lamentar, con visible retardo, el silencio cómplice que se apodera de los medios de comunicación y de los gobiernos occidentales al respecto, como contrario a los valores que dicen defender. Todo esto es cierto, naturalmente, pero es al menos incompleto. Sería necesario preguntarse por las causas y ver el posible nexo entre ellas, ya que probablemente dicho nexo exista.

⁷ En ámbito de lengua española, y en concreto en Argentina, remitimos a algunos buenos artículos recientemente aparecidos: <http://www.infobae.com/2014/08/05/1585424-la-limpieza-religiosa-que-el-mundo-ignora-los-cristianos-masacrados-irak-y-siria> (editorial), y <http://opinion.infobae.com/maria-belen-chapur/2014/08/22/persecucion-a-los-cristianos-no-seamos-socios-en-el-silencio/>, de M. Belén Chapur, después del asesinato del periodista americano James Foley. A nivel mundial, cabe destacar, por su claridad y valor, las declaraciones del presidente del Congreso mundial judío, Ronald Lauder, en el *New York Times*: http://www.nytimes.com/2014/08/20/opinion/ronald-lauder-who-will-stand-up-for-the-christians.html?_r=4. Traducción: <http://www.infobae.com/2014/08/21/1589328-el-presidente-del-congreso-mundial-judio-denuncia-la-masacre-cristianos-irak>.

EL HOLOCAUSTO QUE QUIERE SER IGNORADO

En muchas de las tradiciones religiosas actuales, la distinción entre ellas viene dada por la creencia dogmática, la tradición cultural o la práctica ritual. Así por ejemplo, un judío ortodoxo se diferencia de uno laico por algunas de sus creencias abstractas (o de aplicaciones casuísticas de ella), o por el modo de vivir las tradiciones (vestimenta, educación, etc.) o bien porque se somete a muchos elementos rituales que el laico pasa totalmente por alto. Lo mismo se da en el budismo, en cierta medida, y aún menos, pero también, en el Islam y otras tradiciones.

No pasa lo mismo con los cristianos: El cristiano que vive su Fe se somete, ciertamente, a ritos que el que no la vive ignora completamente, pero está lejos de ser ese el elemento que en definitiva lo caracteriza. Por el contrario, el cristiano que vive su Fe asume una posición claramente definida en ámbitos de la moral, que pueden ser controvertidos hoy día: moral familiar, sexual, vida humana, rechazo de la ideología de género, etc. Como Allen anticipaba, es esa “guerra moral” que el mundo moderno lleva a cabo contra los cristianos que buscan ser auténticos, la causante en gran parte del silencio que se cierne sobre aquellos cuando les toca sufrir de cerca.

Pero hay algo más que aún no se advierte. El cristiano auténtico no se caracteriza sólo por sus convicciones morales, sino por todo un modo de ser, actuar y pensar, que influye en su conducta. Cuando el mundo moderno defiende valores cívicos o de libertad delante de, por ejemplo, los yihadistas que los niegan, no advierte que esos valores que enarbola, en lo que tengan aún de bueno, son valores cristianos, y que el mundo occidental los heredó en cuanto tales. Pretender defenderlos sin fundamentarse en las raíces, y en algún caso, atacando las mismas raíces, resulta un pésimo método de defensa, que ha dado pésimos resultados.

El mundo moderno ha disociado su método de vida de la filosofía de base que le dio vida. Se ha cerrado a la **trascendencia**, cuando en Occidente y no sólo, toda la historia heredada habla de la

trascendencia en la cual creían los que hicieron esa historia. Basta recorrer las ciudades y pueblos de Europa durante la época estival. Grupos de jóvenes, de turistas, gente de la más variada procedencia, visitan catedrales, obras de arte, iglesias, monumentos, museos. Todo habla de trascendencia. Son muy pocos los que se percatan de ello, y menos aun los que son capaces de comprender el espíritu que animaba dichos artistas y constructores.

Como consecuencia del olvido de la trascendencia, se ha cerrado también a una **visión verdaderamente completa del ser humano**. Se habla de derechos, pero que no tienen la más mínima relación con lo que el ser humano es. La ideología del género es un ejemplo. Es absurdo suponer que las diferencias sexuales, incluso psicológicas, puedan explicarse solamente por el tipo de educación recibida. Contradicen incluso los datos científicos que afirman que un bebé se comporta de modo diverso, según sea de sexo femenino o masculino. Y lo mismo sucede con la ideología homosexual. Pretender que dos personas del mismo sexo puedan constituir una unidad familiar estable es como pretender plantar un tallo en tierra boca abajo, y pedir que florezca. Ejemplos hay de sobra. Esa visión sesgada, positivista y legalista del ser humano lleva a pretender satisfacer dicho ser con todo lo que es exterior al mismo, o al menos material, y de allí el tercer efecto: la **idolatría de lo erótico, o del placer, o del dinero, o del consumo, o de la diversión** por ellas mismas. Los resultados están a la vista: Además de crecer en continuación la difusión de la droga, la violencia, además de producirse un “invierno demográfico” en todo occidente que parece irreversible, nos encontramos ahora con que un número creciente de soldados yihadistas vienen del mismo Occidente (EE.UU, Europa, Australia, etc.), de una cultura que es totalmente extraña al Islam en cualquiera de sus formas, pero que indudablemente dejaba un enorme vacío casi imposible de llenar.

EL HOLOCAUSTO QUE QUIERE SER IGNORADO

8. CONCLUSIÓN

Lo más difícil de un análisis no es el diagnóstico, sino el proponer soluciones. Si todo lo que hemos dicho es verdadero, la solución se presenta difícil y compleja sin lugar a dudas, pero no debería ser imposible. Si el problema consiste en una inversión total no ya de valores, sino de la concepción entera del hombre y de la realidad, que afecta a Occidente y a otras regiones que han imitado sus pautas culturales, la solución debería pasar por volver a invertirla.

La pregunta del millón es: ¿Es eso todavía posible, o debido a la extensión del fenómeno ya no lo es más? Es verdad que mucha gente mira aún para el otro lado, y pretende seguir viviendo superficialmente, como si nada pasara. Me consta también, que muchos han comenzado a tomar conciencia de la gravedad de la situación, y eso ya es mucho. Un recorrido ligero por las redes sociales permite verificarlo.

Admito que para los que no tienen una visión trascendente del mundo -dicho con otras palabras, para los no creyentes-, que sólo pueden servirse del parámetro histórico de la experiencia humana, la situación parece presentarse como desesperante. La experiencia muestra que las cosas han ido empeorando. El parámetro de la sola experiencia no puede servir ciertamente de consuelo.

Para los creyentes, hay un Ser Personal que, en definitiva, maneja la historia, aun respetando las libertades de quienes rechazan dicha guía celestial. En ese caso, la confianza y el seguir lo que Él ha revelado, debería ser el camino. ¿Hace falta una intervención especial suya para revertirlo, o basta con que muchos tomen conciencia y cambien? ¿Cuál será el precio a pagar y hasta donde nos afectará a los que aún, de cierto modo, vivimos tranquilos? Todas esas son preguntas que implican conocer el futuro. El conocimiento del futuro no pertenece al campo cognoscitivo humano, pero si le pertenece el tratar de construirlo y el confiar en Aquel que todo lo guía.

DIÁLOGO 65

Hemos comenzado nuestro ensayo con la significación del término “holocausto”, por más que pareciera que nos hemos apartado de él durante nuestro desarrollo. Recordemos que holocausto tenía tres acepciones. No todas eran peyorativas. La segunda decía: “Abnegación total que se lleva a cabo por amor”. Quizás esa sea la solución: El Amor, pero bien entendido, como don de la persona que busca el bien del otro no por provecho propio sino justamente por el del prójimo como tal. Hay personas que se esfuerzan en lograrlo, dentro e incluso fuera del cristianismo. No se puede negar. Conviene recordar no obstante, que se trata de “abnegación total”. A grandes problemas, grandes soluciones. Quizás a muchos, Aquél pida la abnegación total, como camino de sanación para tantos otros. Hubo quien ya la llevó a cabo de modo sublime, un crucificado del año 30, de quien se afirma que resucitó. Hubo otros que lo imitaron en gran medida, durante la historia. Pero la historia de los hombres aún no ha terminado, y todavía sigue en tensión.

Vaya nuestro reconocimiento y humilde oración para todos aquellos valerosos hermanos y hermanas en Cristo, y también para muchos otros de buena voluntad, que han sido capaces de abnegarse totalmente dejando trágicamente sus propiedades, sus seres queridos, incluso sus vidas, para que quizás, en algún momento, se conozca un mundo algo mejor, cuando muchos parámetros cambien. Ellos son los héroes de nuestro siglo XXI, y los que hacen que *holocausto*, pueda significar también una expresión sublime del verdadero Amor.